



Islas a la deriva
y otros poemas

ESTHER
Seligson

**Islas a la deriva
y otros poemas**



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Islas a la deriva
y otros poemas

ESTHER SELIGSON

COLECCIÓN
MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Islas a la deriva y otros poemas

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 5000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Esther Seligson Berenfeld, autora de la obra
© Geney Beltrán Félix, legatario de la obra literaria de la autora

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-17-8

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-846-9

ISBN (GEM): 978-607-5910-30-7

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-862-9

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/25/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez
Diseño y formación: Hugo Ortiz
Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Nuestro esfuerzo está dirigido a formar nuevos públicos lectores, sin descuidar la publicación de libros *necesarios*, por varias razones. Primero, porque creemos importante cultivar el espíritu humano frente a los problemas que se agravan en el mundo y en nuestra sociedad, con el objetivo de contribuir a la creación de una comunidad solidaria, pacífica y más justa e igualitaria.

Igual convicción tenemos en el aporte cultural del libro, en sus frutos, que modifican el pensamiento de la sociedad, ya que éstos no siempre interpelan a la razón o a la inteligencia, también le hablan a nuestro deseo de paz y tranquilidad, a nuestros prejuicios y limitaciones, a nuestro egoísmo y credulidad, a nuestros ideales, sufrimientos y anhelos.

Si aceptamos que la lectura es una actitud ante el mundo y la vida, más que un talento que involucra caracteres, técnicas y géneros, celebremos la creación de esta colección, *Mujeres. Razón y Porvenir*, por representar un paso más hacia la igualdad de género y un justo espacio para valorar el arte, la creación literaria y el pensamiento de las mujeres mexicanas.

Llegará el día en que la reflexión, la imaginación y la palabra carezcan de género, y se valore sólo la calidad y trascendencia de los trabajos artísticos e intelectuales. Por el momento, consideramos necesario apoyar la difusión de las creaciones femeninas con esta colección editorial, afán al que se suma —en las portadas de los volúmenes— el talento de mujeres mexiquenses destacadas en las artes plásticas.

Felicito a las escritoras, al equipo editorial y al público lector, por hacer de esta colección una valiosa aportación al enriquecimiento del espíritu humano.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Desde 1901 hasta 2021, el Premio Nobel de Literatura ha sido entregado a 118 personas; de ellas, sólo 16 han sido mujeres. La gran diferencia nos muestra claramente que en el ámbito de la literatura, como en muchos otros de la vida humana, la participación de las mujeres debe ser promovida e impulsada.

Afortunadamente, esa situación ha comenzado a revertirse y hoy vemos cada vez a más de ellas en diversos cargos de responsabilidad pública, como las secretarías de Estado, los órganos de los poderes de la república y en la ciencia, la academia y la creación literaria.

Por lo anterior, y porque, como afirma la académica española Pilar Lozano Mijares, “la cultura es un instrumento decisivo para lograr la igualdad o, por el contrario, perpetuar la desigualdad entre mujeres y hombres”, los universitarios decidimos que la difusión cultural debe orientarse a fortalecer la identidad y la inclusión social, de tal modo que todas y todos los integrantes de la sociedad puedan gozar plenamente de sus derechos culturales mediante su participación en la producción, la distribución y el goce del patrimonio cultural.

En este contexto, resulta sumamente alentadora la iniciativa de coeditar, junto con la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, la colección editorial Mujeres. Razón y Porvenir, que incluye obras de los diversos géneros literarios y de ensayo filosófico.

Quisiera felicitar a los curadores de esta colección, tanto del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal como de la Secretaría de Difusión Cultural de la Uaemex, por haber logrado reunir esta maravillosa variedad de obras que ejemplifican claramente la elevada calidad de las escritoras y pensadoras nacidas en México, o bien, que desarrollaron parte relevante de su obra en nuestro país.

Sin duda alguna, esta colección editorial está llamada a ser un referente en materia de difusión de la literatura escrita por mujeres mexicanas. Y es, desde ahora, una invitación a cambiar el mundo desde la literatura y con la literatura. Sirvan estas palabras como una invitación a participar en esta aventura.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ
Rector

Islas a la deriva

En efecto, el poema era muy querido por Esther. Lo escribió tiempo después del fallecimiento de su hijo Adrián (2000) a raíz de un sueño que tuvo, que se describe en la segunda parte. No lo publicó en sus tomos de poesía, pero lo salvó de sus papeles para que se integrara al libro de varia invención *Escritos a mano*, que dejó preparado cuando ya sabía que le quedaba poco tiempo de vida.

Te mando un fuerte abrazo.

GENEY
Apunte para el editor

El Yo es, por definición, puro silencio interior.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

I

Yo soy mi propio mar
el barco en que navego
el puerto la escala
el adiós el encuentro
el viaje el trayecto
no hay errancia
sólo un perpetuo zarpar.
También soy mi propia isla.

En oleadas
mi tristeza anega
a esa otra isla
que es mi hijo
la sepulta sin piedad
en su lodo negro
y no le da pausa
mi tristeza
es un banco de langostas
sobre el desamparo de esa isla
y no me da pausa

el espejo que devuelve
en oleadas el negro lodo

Apelo a tu silencio
que hable su callado mutismo
surco vacío
donde cae mi voz
estela funeraria...

II

Era el mar donde las almas
agua glauca
húmedas de luz
donde el amor
donde la espera raíz de Vida
hojas del Árbol invisible
y tú desnudo
niño absorto de pie
entre las aguas

Era el mar donde las almas
donde la Luz
agua preñada
suave el viento
suave el murmurio
y yo
entre la multitud mariposa danzante

Era el mar prelude
donde las almas fuego
almas aire
donde la tierra fértil
almas agua brotes de rama
geografía concéntrica
agua glauca
pulsátil Voz de la divina existencia...

Incluido en *Escritos a mano* (2011)

Mandala

Para Enriqueta Ochoa

Tú me apretaste con tan estrecho abrazo
que me deshice en llanto
silencioso

En Tu pecho, Madre
azul me derramé, asida al seno
en la boca hervía
el Amor

Mece, Madre, a esta criatura Tuya
que la orfandad no trunque las ramas
que hacia Ti se estiran

Cuelga ahí Tu generosa cuna,
elévame,
que Tu palabra
me siembre pájaros

Mira: febrero empieza y ya
azulean las jacarandas
con el añil de Tu rostro
incandescente paseas en las calles y jardines
Tu júbilo inunda
a esta ciudad desamparada

Agradecida llevo
la sed de Tu Infinito

Cae la noche, se sosiega
y nace el día para saciarla

Tu Él que me habita en Tu Ella se deleita
Pulsa las cuerdas de mi corazón: oirás el
nombre
con que Te invoca

Camino, huérfana ya, y mortal
Tres cuartas partes de mi vida sujetas a
un montón de verbos en pretérito
¿Acaso el último cuarto
no Te pertenece?

Madre, yo soy Tu morada,
pisa en ella el tierno vino
del Amor

De pie, a mi izquierda, sentí a Tu Ángel
silencioso

¿Qué habré de decirle con mi voz cascada?

—Mi pecado es la soberbia y no acabo
por entregarme en un colmo de dulzura

No separes, pues, mi cabeza. Aún puede en ella
abrirse el Loto. Dispón de mí, no obstante,
aunque no esté dispuesta,
aunque tiemblen las luces
que no alcanzo a serenar

La orfandad es un extraño peso que me habita
y tengo miedo:
por primera vez
se estremece mi suelo errante
la soledad

En el centro de Tu mano el As de Copas y yo
colgada en el meñique de la infancia,
rama florida de almendro
en un vaso ámbar,
cristal cortado con las imágenes de un sueño
en el que Me abrazas,
Madre,

y me deshago en llanto...

México, febrero de 1999

En su desnuda pobreza

In memoriam *Irma Dávalos Pardo*

*Le plus petit caillou
est baigné d'infini.*

EDMOND JABÈS

Sin ti es incomprensible,
demasiado vasto, Madre,
el ímpetu, la fisura,
la inocencia
la fidelidad ¿cómo?
la duda incluso

Madero para la flor
cobijo en la piedra
sé mi lecho a la hora del crepúsculo
espuma para cubrir mis ojos
no me ahogue el temor al hundimiento
o venga a moverme
la visión de un recuerdo
el grito jubiloso de un niño
a orillas del mar

A orillas del mar,
Madre,
ahí recoge la ofrenda de mis huesos,
ceniza púber,
el mar que tanto amamos
niñas de largo cuerpo y voz delgada
—cuánto anhelo de crecer—

entonces, en verdad,
éramos libres de arrullar los sueños,
locuaces,
modelábamos castillos
entre la arena escurridiza
—¿quién no vivió su infancia imaginando?—
buganvilias en el cabello
para las noches de luna
en la boca el sabor de la naranja dulce

“Habrá lluvia de estrellas”
anunciaron
pero el día amaneció nublado
a orillas del mar, Madre,
durante horas
celé a una gaviota
qué envidia de sus alas
giros suaves
el horizonte a su arbitrio
dueña del aire y a merced de su oleaje
Después
nos reencontramos bajo diversos cielos
idéntica la nostalgia de su vuelo
mi cuerpo atado a tierra firme

Sin ti, Madre,
el mar nos sobrepasa
el amor, el llanto mismo
no reposa una ola tras

otra
tupido a ras del agua las crestas se abisman
y el mundo se inclina
ante las mareas
Vivir es un dolor constante
sosegado
cuántas veces mudo
imperceptible su vaivén
a fuerza de goteo

La más pequeña piedra está bañada de infinito
afirmó el poeta
Piedras de río avienta el mar
y yo las conservo
de cualquier parte:
en su desnuda pobreza
aspiro al cumplimiento
basta una sola donde
se encuentre mi tumba
una para recordar a mi madre
una le bastó a mi padre

“¿Cómo se arma un libro?”
—Igual que un barco,
le respondí a mi nieta,
requiere de muchas travesías
de algún naufragio
tocar puertos seguros
una tempestad de tanto en tanto

marineros solidarios
paciencia inquebrantable
no separar la realidad del espejismo
el monstruo marino de las aves
las islas del continente
saber que nada es similar
creaturas diversas y hermanas
mucho plegaria por equipaje
y al timón la providencia

Tu mano, Madre,
protección y dádiva
sobre los hombros vencidos
la espina rota
el corazón vacío
¿qué otra brújula si no?
¿qué otro sextante?
Un libro es menos
que la hoja de un árbol
mayor que el humano aliento
madura como un sol de mediodía
como una luna en plenitud
se desmigaja fácilmente
mas nunca dejará
de atesorarlo una hormiguita

Sin ti es incomprendible,
el misterio, Madre,
la existencia

cada elección un agobio
cada gesto impropio
y el amor nos destruye

Madre,
ayúdame a aceptar
cúbreme con el signo de la fe
y extiende tu sombra fresca
sobre el ardor de mi impaciencia

A orillas del mar
perdonaré mis faltas
los fuegos no encendidos
la llama que apagué
a sabiendas compasiva
inmolaré los ídolos
que bifurcaron mis caminos
sencilla
con la vestidura de una flor
rendiré cuentas
mi voz
como el lamento del grillo
alabará, Madre,
la misericordia de Tus obras
entonces
recogerás la ofrenda de mis huesos...

México, febrero de 2000

Alba marina

In memoriam *Adrián Joskowicz Seligson*

¡Cuánto pasado para llegar aquí!
Para poder estar de pie junto a las cosas
y decir:
—Mi corazón se espiga frente al mundo
como una inmensa lágrima caliente.

ENRIQUETA OCHOA
“Las urgencias de un Dios”

Primera parte

I

Recuerda siempre a todo ser humano
en la inocencia de su niñez.

RABÍ NAHMAN DE BRESLOV

Era el sol de la tarde entrando por las ventanas. Nada especial,
de hecho, salvo por esa vibración feliz que conmovía a las
paredes, cuadros y estanterías, el desorden de los juguetes que
brillaban, mágicos, en su habitual entusiasmo

Era la luz de la tarde saboreando el último tercio del día,
languidez de entrega, en el peculiar silencio del jardín, quieto,
los pájaros, el durazno en flor, el gato pachón

Era el calor de una promesa antigua, canción de cuna,
inesperado despertar de un manantial cuyas aguas bebemos y
beberemos, una y otra vez, niños sedientos

Si hoy fluye tras la ventana un río, si antaño fue un árbol, o es
el bullicio de una calle transitada, el sol de la tarde llama —y
llamará—, toque suave contra el cristal, parpaleo en las
cortinas leves, rumor aroma de vieja historia que no concluye y
retorna sin cesar

El sol de la tarde hace girar los rehilates en los parques, levanta
en el aire el azúcar de los algodones y el cacahuate garapiñado.
El sol de la tarde se columpia, se resbala, se estira pirulí
correoso

y no quiere, no, no quiere dormir...

II

*For the Mother is one but She comes before us
with differing aspects.*

SRI AUROBINDO

Marengo es el mar en el golfo de Bengala, quebrado,
tormentoso. Agrío el chasquear de las gaviotas. Todo él, vaho
marino, exuda monzón y bronco rugir.

Extendida, sin límite, la bahía adentra en el horizonte a los
pescadores en sus cáscaras de coco, gajos sombreados que
pespuntean la distancia.

Oro viejo amanece el mar. Oro tibio.

Cánticos espolvorean canela sobre las aguas, ceniza, flores:
alabanza a Shiva cuyo pie reposa en el Origen, tañedor de
carrizos.

Viene parda la mañana, desvela el sueño del jardín, cristalina
ternura enconchada en su infantil somnolencia.

De los árboles caen copos color naranja. Manos femeninas
los engarzarán en largas guirnaldas; dádiva para el Danzante,
trenza en el tocado.

Viene dulce el viento que se abre en mi pecho. Trae el regusto
de la caña quemada para el gran festejo de Aditi, Madre de la
Creación.

Pétalos sin fin, flautas, tambores, fruta, incienso, estandartes,
arambeles, fulgores y brillos, peroles con arroz humeante.
Durante tres días no ambularán hambrientos por las calles.

Me tomó el bullicio del gentío. En su entusiasmo padecí el
vuelo escarlata del báquide.
Ligero apoya su pie el Dios que danza sobre el Loto.

Maceré mi carne, ceniza votiva, y le pagué mi deuda, mi vieja
deuda de amor, a la Diosa.
Bastó una pizca de sal en el bracero.

Un bucle de rosa fresca, los dedos tintos en azafrán y cinabrio,
la frente surcada por blancos mensajes, yo era un lirio
irradiando el fuego de un sueño milenario.
A cambio de la flor, y una humilde genuflexión, los dioses me
donaron el incendio de sus ofrendas.

Por días y días me quedó el cabello lleno de arena como si me
hubiesen revolcado las olas ahí donde revientan.

Profundo y extenso, a lo largo y a lo ancho, hacia arriba y al
fondo, el sol empurpura a jirones un atardecer cristalino en la
espuma zafírea.

—Sí, como el rostro del Señor Krishna, susurra Ushma...

III

Bound only by my thirst of life.

ASHTAVAKRA GITA

En el corazón de la Diosa ardieron mis labios carbón
encendido. A orillas del mar llegó con el aura vespertina,
gaviota translúcida.

El soplo de su falda tocó mi rostro.

Sus fulgores me abrieron como se abre el cáliz de una azucena
hacia el límite donde la blancura suelta el olor de su delicia.

Y reía, con tintineos de plata azul en los tobillos Ella reía.

“Sacerdotisa en el pilar izquierdo del Árbol
Yo soy la Reina de Espadas
Libre me entrego y la libertad entrego fiel
Al esclavo decapito, al rey coronado
El eunuco ya lleva el puñal clavado
Lo que tienes aumento, de tu carencia sustraigo todo
Por mí se llega a la pureza justa
En mí retornas a tu propia fuente”.

La puerta, templada al rojo, cedió franca. ¡Ay! Más fuerte que la
sed de mar es la sed de tierra, ocre remojado.

Ocote fue el olor de mi infancia, ocote de tardes encendidas
en la piel morena del Valle, la misma piel, zapote prieto, de los
dioses que hoy me dan la bienvenida en sus altares callejeros,
ánforas de arcilla.

Las baldosas del templo rezuman mi añoranza infantil, barro humedecido.

Tocar la luz, ¿acaso no es ése el sueño del Amor?

Me limpiaron.

Sus espadas cortaron a tajos las nervaduras que me uncían a tanto retallo.

Espejo oscuro, la Diosa pulió mis fracturas.

Bañada en sudor —a falta de llanto—, vine a ser fuego que devora sombras, palabra oculta tras Su nombre.

Y mi alma ahí, colgante, grano de mostaza entre Sus pechos.

A orillas del mar cayó la noche.

Fulgores de obsidiana albearon en mi boca.

IV

It was the hour before the Gods awake.

SRI AUROBINDO
Savitri

Abejas en torno al pan desmigajado.
Se desfolian, abanico, los brillos de la aurora.
El mar, inquieto, purifica en sus aguas a los devotos dispuestos
a celebrar. Vestidos y rostros albean.
La Madre espera.

Hojas de mango entretejen diademas en los pórticos. Todos los
utensilios de casa han sido bruñidos.
Huele a almendra tostada, a pasta de sándalo, a jengibre

“Sacerdotisa en el pilar diestro del Árbol
Yo soy la Reina de Copas
A mí te entregas ferviente enamorado
El sabio su sabiduría aumenta
El cobarde su miseria engaña
Enciendo tu verdad, tu mentira callo
Por mí se llega a la pregunta viva
En mí retornas a tu propia respuesta”.

Penetré en el círculo de los trillos.
Espiga liviana, destilé zumos de albaricoque.
Un ancla bífida arrasó mi entraña: el dedo de la Diosa hurgaba
en mi soberbia la bilis negra de los resentimientos.

Entonces, como surgida de un sueño hipnótico, despertó la Gorgona, su aureola de serpientes oro bruno.

Le consagré la corola de un crisantemo blanco.
Cedieron los pétalos, de golpe, sin deshojarse.
Al impacto de su caída la piedra del altar rodó escaleras abajo.

Cántaro maltrecho, me levantó la uña de su garra poderosa.
Aditi, Madre de los dioses, mostraba su temible aspecto. Su espíritu, y el espíritu de los seres vivos, se dice, son una y la misma esencia.

La mañana, pulidísima, se refleja en el mar, tintero celeste.
El mediodía calcina capullos de nube en el horizonte.

V

Este mundo mundano contiene a la oculta
santidad de la Shejiná.

MOISÉS CORDOVERO

En el pulso de las aguas marengo arde tesado el Danzante, la
vela de sus brazos: mástil en alabanza.

La Dispensadora de Luz otorga su don y el loto se abre. Los
pistilos, sin embargo, guardan su secreto como al interior de
un santuario.

Entronizada —galas de novia—, hombres, mujeres y niños,
cientos salmodiando, rodean Su palanquín, un nicho sobre
el viejo, grueso, pesado carro de madera que jala un cebú
ajuareado también en rojo, azafrán y turquesa.

“Sacerdotisa en el fundamento del Árbol
Yo soy la Reina de Oros
La que nadie posee sin poseerse a sí mismo
El surco de tu ambiciosa pasión
Lo que desconoces confundo
A tu lujuria cedo implacable
Por mí se llega a la mirada clara
En mí contemplas expulsión y exilio”.

Aromas de lluvia me unen a la chispa que la vida enciende en
el niño. Mirar que teje arborescencias.

Tembler de crisálida la impronta de su andar: con piadoso
acatamiento él cumple la infinitud que nos rebasa.

La noche quieta.

Ajena a la tormenta que abatió a la madrugada, la luna llena,
todavía embebida de sol, despliega opalescencias
morado-verdosas.

A sus pies deposito mi ramo de palabras.

Oigo el chasquido incesante del mar, mar de Bengala,
la fracción de segundo en que se detiene
y suspira

mi silencio, en cambio, aún no es hilo que ate
nada...

VI

Apórtale un fuego siempre nuevo al altar de tu alma.

BAAL SHEM TOV

—Madre, abre tus brazos nuevamente, desnúdame, mar adentro,
con la yema de tus dedos.

Soñaba.

Me soñaba hundida en el destello de Sus ojos.

Abismo en el abismo, a tragos cortos inhalaba mi exhalación, el
soplo de vida.

Mamé de su cólera el sosiego.

Con trece espinas tañía el Danzante la rosa.

Con trece pétalos penetró mis sentidos: gavilla descendí,
líquida de polen.

Con veintiséis pistilos colmó toda hondura y grieta.

Las aguas anegaron la memoria inútil, la casa en ruinas, la raíz
expuesta.

Limpia de cicatrices vine a ser un resplandor en el santuario,
un canto entre mil auroras dando tumbos en la hoguera.

“Sacerdotisa en el centro del Árbol

Yo soy la Reina de Bastos

La totalmente Ella misma

Si vienes tocón mutilado a ofrecer astillas

Te abrasaré

Si fueres tronco entero
Tu grosura hermosearé
Por mí se llega a la plegaria quieta”.

La hora del silencio borra mi huella, invisible testigo.
Las arenas queman la planta del pie. El bullicio de la fiesta bate
en pleno.

Hoy me duele la vida como si fuera un tajo de cuchillo en las
muñecas.

Me invalidan los actos de violencia; el filo de mi propia
recóndita agresión me confunde. Igual se confunden euforia y
pánico.

La hora del silencio.
Esa fracción de segundo cuando pausa la mar y sobre el lomo
de las olas somnolean las barquillas.

Oh Alma del Mundo, Tú eres Aquello...

VII

En cualquier lugar donde convoques Mi Nombre,
vendré a ti y te bendeciré.

Éxodo XX, 24

Así se abría el camino: una granada madura, sus dientes rojos
diseminados por el suelo.

Me tomó la luz del atardecer, el pájaro sobre el tendedero, el
gato en el tejadillo enfebrecido de verano y crepúsculo.

Míos eran la primera estrella, el último tinte cárdeno y el
correteo de los niños.

Mío el invisible relieve del fondo marino, el oscuro vaivén de
sus mareas.

En mis manos una mecha, blanca, leve.

Anohecía.

La hora en que la luz calla. Brasa que extingue su paciencia de
nombrar las cosas,

y cae en lo indistinto.

Soy el forastero que me habita.

Como el Danzante vagabundo, mendigo el sustento, el sueño
de una realidad suprema.

En el hueco del Árbol deposité mi corazón y labré el arca con
maderas preciosas.

Portátil. Cual corresponde a un errante.

La luna herida, blanca.

Durga poderosa la hallé en un cruce de vías, sedimento de penumbras.

Hiedras sin orden exponían sus nervaduras cristalinas al claro de la madrugada marfileña.

Ángeles del Fuego Oscuro la adoraban.

Hija de la niebla me arrodillé.

—Hueles a humo, dijo.

—No. Es el rescoldo de Tu abrazo, respondí.

Su risa trinó con delgadez de zarcillos.

Amanecía.

En la hora del silencio la luz, diáfana, atraviesa ilimitada el horizonte.

Opalece la eclosión del alba.

A orillas del mar mojé la punta de mis dedos, mis pies bajo la espuma, ingles, pezones.

Ardió el postrer tegumento de la noche.

El don de la Diosa me iniciaba.

Sobre la frente, Su signo al rojo vivo calcinó mis pensamientos.

Pondicherry, mayo de 1995

Segunda parte

I

*Escuta, ó Señor das águas misturadas!
O imóvel dispersarse
E o movente permanece.*

BASAVANNA

A orillas del mar cayó la noche.
Fulgores de obsidiana albearon en mi boca, y de nuevo
invoqué a la Diosa.

Mas otro es hoy el litoral donde elevo el canto: diez años
median entre aquel golfo de Bengala y este mar Mediterráneo.
Diez círculos, diez anillos tegumento, diez sudarios han
transcurrido y aún llevo el alma pegada a los huesos, a los
saqueos y devastaciones. Y el dolor adherido cual sarro.

Aquí también el mar crepita. También sus aguas vuelan en
bandadas cuando el oleaje se encrespa al tenor del viento
vespertino, e igual las olas se disgregan o fluyen en torrente al
reventar contra las rocas o sobre la playa.

Pero aquí al mar lo inquietan demasiados matices
tornasolados, fluorita: vetas verdeagua atraviesan anchas

franjas azul marino ribeteadas de amatista y chispas de espuma nacarada.

Aquí sus aguas son glaucas como dicen eran los ojos de Atenea.

II

Por el tiempo pasas, lo cruzas, sales de él,
rozas la superficie de la muerte
y distraída sigues hacia donde no sé si sigues.

JOSÉ CARLOS BECERRA
El otoño recorre las islas

Aniel, el ángel custodio, de las cinco espadas que guardan mi
nombre, llegó al despuntar la aurora.
El soplo de sus alas tocó mi rostro y le incendió rubor a las mejillas.

—Soy la que ha sobrevivido, dije.
La que no partió, la que permanece en el otro lado, trizadura.
Espejo oscuro, Su aliento pulió el reborde aguzado de mi
soberbia. Quedé a solas conmigo, náufrago y sin respuesta.

Yo sé que la felicidad huele a mar de crepúsculo, a la humedad
de flores ahítas de tanto calor, a respiración de arenas
refrescadas por la brisa matutina, a infancia abrazada por
ritmos invisibles.

Invisible es el relieve de mi fondo marino, la viscosidad de mis
continentes sumergidos, su rumor ancestral.
Si hubieran de escribir sobre mi lápida, dirás:
“intensamente amó y fue amada”.

Barro en un molde de barro, desconozco el contorno de mi
rostro.

“Soy el padre agobiado por rencores que no logra vomitar
Rey de Copas celoso del primogénito varón que no tuvo
Tristeza que ancla las coyunturas a tierra
Y devuelve un eco belicoso
Solitario taciturno
Un ser a destiempo”.

Vertí de nuevo en vaso roto.

Acepté mi voluntaria sumisión al golpe reiterado en la herida
ciega, para que volviera a abrirse la cicatriz.

Cuántas veces me dije: “Más allá de éste, no puede haber otro
abismo”.

III

*Oui, Déesse, ce monde-ci est tout dans l'illusion mais
toi, la Bienveillante, tu es aussi la cause de sa libération!*

DEVI-MAHĀTMY

De las tres Gorgonas, sólo una era mortal.
Medusa enamoró a Perseo, le develó el secreto de cómo poseerla
y se dejó cortar la cabeza para no apartarse nunca de él.

Las sienes son huecas. Las resquebraja una fisura antigua, una
prisa por vaciar el alma del material con que la ataron al
cuerpo, coagulada.
Somos incompletos, incumplidos.

Derrumbada en un agobio de estío, sin fuerza para apelar a la
extinción, cerré los ojos y aguardé.
“Ayúdame a olvidarte —escuché— haciendo aún más profundo
tu silencio, más distante tu lejanía, más muda tu presencia”.

Aniel, la zarza, el mar, habían desaparecido.

IV

Esta ternura y estas manos libres
¿a quién darlas bajo el viento?

JULIO CORTÁZAR
Salvo el crepúsculo

Una advertencia fulminante hubo en mis entregas:
—Jamás colmarás la sed que me arrebató, ni sanarás la herida
que me ahueca el pecho.

“Soy el Esposo que da donde recibe nada a cambio
Rey de Espadas que desgasta furor con la blandura
de un falso muro victorioso
El trípode donde apoyas el cuenco de tus sueños
Alga negra de agua dulce que vaapestándose,
estancada”.

Me calcé la cabeza de la Gorgona, hermanas del mismo
alumbramiento.

Estaba ahí, ni dentro ni fuera, la Sacerdotisa con su máscara
leonina.

Sirio, el perro guardián de las puertas del alba, me condujo
hacia el santuario.

Quemé las voces espúreas en el altar de expiaciones.
Verde menta entre los labios, se suspendió la Palabra, primicia
de una alegría nueva.

En el cuerpo del Árbol deposité mi corazón.
Hasta que madure.
Hasta que se confundan las aguas de mar y las aguas de lluvia.
Hasta que aprenda a reír.

—¿A qué granar hoy cosechas del pasado?
Incluso lo mejor se ha vuelto rancio, dije.
Que todo sea lo que es.

Me empuja una necesidad más poderosa que la voluntad de
querer o resistir, y no acostumbro atardarme en las bifurcaciones.

Así fue como se inició el camino: una pequeña granada abierta,
semiherida, los dientes rojos diseminados por el suelo.

Un grano depositó la Diosa bajo mi lengua.

V

Sé que no es para mí
Para quien este orden se
trama inabordable
Pero tampoco oh luz de la palabra
Para nadie.

TOMÁS SEGOVIA

—Madre, aviva mi fervor para que aspire a Tu Justicia. Condonas mis duelos y transformas espadas en copas de luz.

“Soy el Hijo que dilapida compasión en brazos ajenos
Mientras hunde cuchillo en el seno materno
Rey de Bastos ansioso de libertad y fuego nuevo
Ares concebido sin semen
Atenea surgida de óvulo ninguno
Me busco sin cesar a mí mismo”.

Pero más antigua que el más antiguo de los dioses, Atropos,
la-que-no-es-factible-evitar, hila el tejido cuyo trazo obedecemos
¿Y qué andamio nos haría visible el camino si las alturas, dicen,
atraen la némesis?
Me quiebro, sin romperme del todo, y el mar me llora entre las
clavículas y el diafragma.

No soy cordero sin tacha pronto al sacrificio.
Mi rebeldía es contumaz. No he logrado convertirla en
recipiente de abundancia divina.

He quemado mis voces en la consunción de un deseo de
Absoluto. Y cada fuego tiene su coloquio de llamas, su temblor
y secreta congoja. Su secreto júbilo, también, en el crepitar de
sus tizones.

Cada uno de nosotros, al igual que la Raquel bíblica, lleva
escondidos sus idolillos bajo la aljama del camello, y se
acomoda encima.

Libérame, Madre, del encandilado contento.

La luna llena, blanca sobre el mar infinitamente poroso,
elástico, redecilla de gotas articuladas en perfecta armonía.

Mar abismo de oscuridades.

La noche fosforece naranja y olivo alrededor de la luna. Extática.
Ningún eco, parpadeo, insecto.

Es la hora del silencio, cuando la mar se

fuga

de sí.

VI

*Le souvenir est un savoir, nous vivons pour
nous souvenir de notre savoir.*

IMRE KERTÉSZ

Kaddish pour l'enfant qui ne naîtra pas

“Soy el hermano, el usurpador
Rey de Oros sediento de tus apetitos
El que enturbia tus aguas y te hace del pan mendrugos
Amor que no encuentra camino para expresarse
Acaso tu guardián
Espada en mano a las puertas del Edén”.

Es la hora del silencio. La luz, diáfana, atraviesa, ilimitada, el horizonte.

Apenas, sobre la copa de los árboles, tiembla.

El viento, murmurio de hojas pisadas, anuncia al otoño. Y yo, matojo agreste enamorado de aridez, verdor que se incuba en el pedregal, me gozo imaginando raptos de humedad e inundación, gránulos de rocío sobre la sal de la tierra. Ése es mi rescate.

Entre mí y el fruto, la pulpa escarlata, el corazón abierto de la granada.

Breve aleteo quieto como el ojo del huracán, hondo.

Viví la abundancia del desierto.

El retorno a la ciudad me desolló. Pero traía conmigo el calma

susurro de un alba marina, tibio gorjeo de luces fluorita, flecos de espuma en la palma de las manos.

—No es menester que detengas a los corceles de la noche, anunció el ángel custodio.

—Rueda, en tu descenso, rueda con las piedras cayendo.

A orillas del mar mojé la punta de mis dedos y hundí los pies bajo las olas.

La alegría tiene consistencias color índigo...

Jerusalén, marzo de 2005

Glosario

El danzante es Shiva, principio masculino que mantiene a la creación en perpetuo movimiento de destrucción y regeneración. Este dios, cuyos santuarios recorrí durante cinco meses en 1995, es particularmente venerado en Tamil Nadu, estado al sur de la India.

Aditi es el principio creador femenino complementario de Shiva. Se le conoce también bajo su advocación “terrible” como Durga o Kali; y como Parvati en tanto esposa del dios. En todas las cosmovisiones responde sencillamente al apelativo de Madre en tanto gran diosa universal generadora de vida/ muerte/vida: *mater genetrix*.

Krishna, avatar de Vishnu, el dios encargado de conservar el principio creador según la concepción hindú (Brahma, Vishnu, Shiva). Su rostro es azul.

Árbol se refiere al esquema cósmico de la cábala judía.

Oración del retorno
(Tikún)

El fondo de las cosas no es la muerte o la vida.
El fondo es otra cosa
que alguna vez sale a la orilla.

ROBERTO JUARROZ
Poesía vertical

I

Soy agua entre meandros de brillo desnudo
soplo que traza huellas en silencio mientras corre
libre el aliento del sol
inflama mi cuerpo de rocío
y nube

Entre remolinos desquiciados soy viento
que revuelve hojas secas papeles
los brazos extendiendo infinitos
y beso con húmedo enlace
del espacio cualquier resquicio

Viña madura me enracimo bóveda
agua desnuda fluyo flama estrella fruto
respiro sin argucias
el lodo ocre que me habita.

II

Hacia ti Madre camino de nuevo firme la pisada
no busco albergue o nido
como bozo joven la piel doliente renace
la voz rajada canta
diría que vuelvo del infierno
si no fuera tan obvia escena pero es clara aún
la ceniza en mis ojos la huella de cal en los huesos
un sabor a chamusquina en la garganta
un dejo de carbón en mis palabras

De entre las viejas heridas he trillado el rencor
la oscura rabia del niño huérfano
he separado las cáscaras
astillas de la memoria
culpable
la nostalgia
no retorno virgen no
ni siquiera más sabia sólo apenas
un poco más maleable
arcilla arcaica para Tus manos Madre
barro liviano y espeso
sin litigios

Litoral a Tus pies me inclino
Tú botarás el navío
Tú trazarás la ruta.

III

Hacia ti Madre se desvían mis raíces
fragante el limo que las anuda pisando voy el umbral
donde Tus pasos se hunden
renuevo púrpura
con el velo de Tu majestad me vestiré
descalza para no profanar Tu recinto
humilde
suplicante me inclinaré

Negro es Tu rostro Madre
lo pulieron sin piedad mis sueños
oscuro como la disolución bruñida luz de plata
Tus pezones dibujé con cera fina
zarcillos
se engalana entre Tus muslos la mano que hurga
secretos parajes sobre el abismo que Te habita
sombra de líquido silencio
tejí amarras en Tus cabellos trenzados

Zarpar al centro de Tu centro
perder en el origen la desconocida errancia
en maderas de ébano tallé
el contorno de Tus labios
no sonreías Madre no
cruel
absorta me devoré a mí misma
y al hijo no nacido

Inmenso es el baile de la muerte
el ritmo pendular con que trasiega
ribeteada de flores la guadaña
rasga la pasión del centinela
confunde el pudor de la doncella
alas lleva el esqueleto en cada vértebra
el filo de una luz tan nítida
que se diría invisible.

IV

De la cosecha Madre resérvame las espigas doradas
la risa abierta del niño
la piedra angular quemada antes de la lluvia verde
el arrebato del primer abrazo
en la primera noche matriz azul

Del despertar de los capullos Madre
dame las hebras de rocío
sus gotas de pulido ámbar
el suave tejido de la mariposa efímera
la celebración de sus nupcias con la vida
que el crepúsculo me encuentre ahíta
de espesas mieles

Empuñaré la hoz con el ímpetu viril del guerrero
ceñida con cinturón de acero
colocarás mi cuerpo en la Torre de los Buitres
maderas de bosque resinoso calcinarán la ofrenda
y en cuanto a los restos
que sean primicias en Tu templo.

V

Envejezco Madre

cada día otro surco mide a cordel mi rostro
tantos actos de omisión han grabado su huella
que el espejo me contempla imagen de un osario
no he de defenderme ni disculpar las transgresiones
que caiga limpio el filo de Tu espada

Romper la cadena del dolor

y fructifiquen las anillas
simiente de alegría
basta de cuchillos y perdigones
por debajo del abismo corren Tus aguas
Madre
cayado en mano atravesaré su tumulto
buscadoras de blanco mis palabras
flecharán peces y granadas

Salir del laberinto

el remolino de senderos
sin la carga del hijo a cuestras
sus exigencias y reclamos
cachorro abandonado
lo parí sin instinto materno
virgen sometida en un abrazo estéril.

VI

Escarda mi alma Madre con tus uñas de Diosa Oscura
del otro lado del silencio donde la palabra es aún molde
innombrado
sombra en el papel máscara
guijarro sin pulir al tacto áspero
canto sordo a su celeste ritmo

No sé a dónde voy lejos siempre más lejos
ya perdí el gusto del abrazo
al temblor del deseo
lo extravió tanto camino deshilvanado
no me duelo pero a veces
me detengo perpleja
¿a dónde voy donde voy siempre más lejos?

Me comporto como un forastero
se diría que voy de paso de prisa
vivo los días como desde una butaca
el espectáculo humano me sobrecoge en el instante
mas después sigo de largo
sólo me ato a lo que escribo
y no para siempre

Salvaje es el viento que empuja mi proa
naufragio tras naufragio el mar me corre dentro
sin brújula
sin embargo desemboco
infalible
en mi Tajo amada.

VII

Envejezco Madre
llevo a bordo mucho lastre
mas no quisiera aliviarlo pues tampoco ando a la deriva
navego entre islas que son calles que son ciudades
que son islas entre rostros que son ríos
que son ribera desierto llanura
navego
llevada por el ritmo de mi sangre
oleaje de memorias sin varadero

No quiero olvidar desprenderme
dejar de ser pasado
no quiero perder ningún recuerdo ningún olor
ningún instante
borrar ninguna imagen
aguardo no sé muy bien qué, es decir sí
y Tú lo sabes Madre
no hay enigma
al final del laberinto está la Luz
y hacia ella se enardecen mis anhelos
Nada más

No me basta lo que alcanzo toco miro
me queda siempre un dejo de carencia
por más plena que sea la entrega
del creciente invoco ya a la luna llena
del mañana que será menguante retengo

lo fugaz lo tardío lo mendrugo
centinela de gestos y detalles coleccioné
miniaturas nimiedades entusiasmos
la tristeza en ánforas de barro mal cocido
los sueños en páginas sin quicio
celebré todo vuelo toda caída
y pedí perdón por mi indigencia
mi sordera
el ciego ímpetu de inflamar a las palabras.

VIII

Hacia ti Madre camino de nuevo
no busco nido ni consuelo
árbol desnudo me vestirá la primavera
me embriagará de pájaros la aurora
Viejos los cerros decía mi padre
y aún así reverdecen

Hija soy del viento
jornada descalza distancia
no tonto con las esfinges y sus preguntas
demasiado conozco la palma de mis manos
aún así cometo los mismos errores
planto carrizos en el fango
y me embelesan sus pistilos escarlata
puro espejismo de flor
que amustia el mediodía a plomo

Dale la bienvenida a mis pasos en Tu templo
Madre
que no me tome de sorpresa el encuentro
recíbeme como a un huésped cualquiera
ni menos huérfana ni más sufriente
apenas con el peso leve
de la infancia
la profunda herida irreparable
a su inocencia.

IX

Cautiva de tanto sueño contrariado
hoy quiero libre ofrecerles perdón
a final de cuentas
sin duda recibí la parte de felicidad
que en este mundo me corresponde

A Tus pies ofrendo Madre
la servidumbre de mis reproches
quémala
la carcoma de repetirme en la misma letanía de dolor
quémala
la turbia resaca de remordimientos
quémala
la viciosa costumbre de esperar lo improbable
quémala
la excusa del miedo que paraliza cobarde
quémala
la bastarda disculpa del amor rechazado
quémala
la mezquina astucia de apresar el tiempo
quémala
la distorsión que se juzga fiel certera
quémala
quémala

quema las escorias que lazan mi vuelo
y bendice Madre lo que aún me queda por andar...

Jerusalén, abril de 2006

Índice

Islas a la deriva	11
Mandala	17
En su desnuda pobreza	29
Alba marina	39
Oración del retorno (Tikún)	71



Islas a la deriva y otros poemas, de Esther Seligson,
se terminó de editar en agosto de 2022, en
Toluca, Estado de México. Para su formación se
usó la familia tipográfica Matiz, de Juan Carlos
Cué. Diseño y formación: Hugo Ørtiz. Cuidado
de la edición: Mariana Aguilar Mejía. Editores
responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge
Eduardo Robles Alvarez.

“Título de esta antología, el poema *Islas a la deriva* formó parte de la obra póstuma *Escritos a mano*, preparada por la autora en el umbral de sus últimos días”.

El camino de Esther Seligson hacia la poesía viene de muy lejos. Desde su aparición en el medio literario con el libro de cuentos *Tras la ventana un árbol* (1969) y la novela corta *Otros son los sueños* (1973), la autora mexicana exhibía ya una prosa de espesor lírico que privilegiaba la intensidad y la concentración, atributos de una mirada que sabía posarse en lo fugaz para ir a la raíz de lo memorable. Por ese motivo, no fue extraño atestiguar la aparición de Seligson en el ámbito del verso con títulos como *Rescaldos* (2000) y *Alba marina* (2005). La vertiente intimista se alía con la exploración trascendente del orbe mítico para lanzar a la poesía a una misión deslumbrante de autoconocimiento: la de retratar “un canto entre mil auroras dando tumbos en la hoguera” de las emociones y la memoria.

GENEY BELTRÁN